

EL DRAMA DE JESÚS

Pocas personas comprenden el drama de Jesús y la razón para la cual los judíos se negaron a reconocer en él el Mesías esperado: rechazó la restauración de un reino judío ya que, había revelado, el Reino de Dios «no es de este mundo» (Juan 18,36). Así pues, un Estado judío es tan condenable por Dios que un Estado cristiano o musulmán.

En efecto, Dios es para todos los creyentes, pero los Estados pertenecen cada uno a sus ciudadanos, creyentes e incrédulos.

1. Sionismo contra Judaísmo

El drama de Jesús es el sionismo, la politización del judaísmo. ¡Todo el problema está allí! La esencia del judaísmo es espiritual. Esta fe en Dios comenzó hace 4000 años con Abraham, a quien el Creador se le reveló con el fin de hacerse conocer por él **a todos los hombres**. La intención divina no era crear una corriente política judía limitada, sino extender el único conocimiento de Dios. Durante los siglos, el sionismo obstruyó el judaísmo en el punto de reducirlo a un nacionalismo judío. Los hebreos creyeron que debían traducir su fe creando a un Estado nacional. El judaísmo, ¿es una fe o un Estado? Con vistas a Dios, los dos no son compatibles. ¡Todo el drama está allí!

2. Historia de la Politización del Judaísmo

El Judaísmo tomó un giro político el siglo XI antes de Cristo, después de la entrada de los Israelíes a Palestina. A partir de este tiempo, la comunidad judía quiso transformarse en un reino: «La gente de Israel dijeron a Gedeon: 'Reina sobre nosotros, tu, tu hijo y tu nieto...'; Gedeon les respondió: 'No soy yo quien reinará sobre ustedes, ni mis hijos, ya que es Dios que debe ser su Rey'.» (Jueces 8,22-23). Gedeon, había comprendido el peligro de tal dinastía política y rechazó el proyecto, como Jesús después de él, declarando que Dios es el único Rey.

Se intentó por segunda vez un siglo más tarde bajo Samuel. Esta vez, se estableció un reino judío con Saúl como primer rey, pero contrariamente a la voluntad explícita de Dios y al profeta Samuel. En efecto, Dios se consideró rechazado por los judíos y declaró a Samuel: «... Es a mí a quien ya rechazaron no queriendo más que yo reine sobre ellos» (1 Samuel 8,7).

Después del establecimiento de Saúl, Samuel invitó a la comunidad israelí a arrepentir y a reconocer su culpa de elegir a un hombre como rey: «Reconozcan claramente cuán grave es el mal que cometieron respecto a Dios pidiendo para ustedes un rey» (1 Samuel 12,17). Y los judíos reconocen: «Lleguemos hasta la cumbre con todos nuestros pecados pidiendo para nosotros un rey» (1 Samuel 12,19). La politización del judaísmo fue condenada desde el principio, por aquéllos mismos quienes la instituyeron.

Siglos más tarde, los profetas recordaron a los judíos su desviación hacia la política. Dios dijo mediante el profeta Oseas: «Ellos (Los Israelíes) hicieron reyes, pero sin mi consentimiento; establecieron jefes pero sin mi conocimiento. ... (Oseas 8,4). ... ¡Te destruyes, Israel! ¡sólo en mi está tu ayuda! ¿Dónde pues está tu rey? ¡Quién te salva! ¡Tus jefes, quienes te protegen! Aquéllos de quienes tu decías: 'Dame un rey y jefes'. Un rey, te lo di en mi cólera y en mi furia te lo retiro» (Oseas 13,9-11).

Efectivamente, el reino fue retirado de Israel después de la invasión babilónica bajo Nabucodonosor, en 586 antes de Cristo, El Templo de Salomón fue destruido, los judíos fueron desplazados a Babilonia y la realeza, la dinastía de David, cesaron en Israel después (2 Reyes 25,8-12/2 Crónicas 36,17-21).



El Cristo en el desierto (Ivan Kramskoi)

Desde entonces, los Israelíes tuvieron la nostalgia de este reino davídico, olvidando completamente que el único Rey es Dios. Durante los siglos que siguieron a la invasión babilónica, intentaron a menudo restablecer su reino en Israel. Veían en el Mesías como la única persona capaz de restablecer este reino davídico. Este reino terrestre se volvió su obsesión. Como el viejo Simeón y Ana, esperaban con todas sus fuerzas esta «consolación de Israel», esta «Liberación política de Jerusalén» (Lucas 2,25-38).

En el primer siglo antes de Cristo, bajo el Imperio Romano, los judíos llegaron a restablecer un reino con la ayuda de los Romanos. El primer rey fue Herodes el grande. Éste no obtuvo el consentimiento del pueblo, no pertenecía al linaje de David, sino un descendiente de los Macabeos (de la tribu de Leví). Además, Herodes no era más que un agente a favor de los romanos, establecido por ellos para calmar a los judíos en búsqueda de un reino.

Ahora bien los judíos querían un reino autónomo dirigido por una **dinastía que pertenezca a David**. Pretendían pues levantarse, a la vez, contra Herodes y contra los romanos para restablecer este reino. Pero creían que era necesario que aparezca en primer lugar el Mesías para reunir el pueblo al combate contra los romanos. Esta creciente nostalgia de un reino israelí eclipsó completamente la dimensión espiritual del judaísmo. Sólo esperaban al Mesías «para salvar» Israel militarmente, con el fin de restaurar un extenso imperio judío, un «Gran Israel» similar al de Salomón.

3. Juan el Bautista

Viendo a Juan el Bautista atacar a Herodes, los nacionalistas lo tomaron como el Mesías y lo siguieron en numerosas muchedumbres. Pero él le decía a las muchedumbres que otro, más potente y más importante que él, debía aparecer (Mateo 3,11/Juan 1,26-37). Para Juan el Bautista, este Mesías que debían seguir no podía ser sino un libertador guerrero. Él mismo no comprendía el comportamiento de Jesús y, «oyendo, en su prisión, hablar de las **obras del Cristo**, le envió algunos de sus discípulos para decirle: 'Eres tu aquél que debe venir o debemos esperar otro?'" (Mateo 11,2-3). Él esperaba que Jesús reúna al pueblo al combate. Ahora bien, «estas obras» del Cristo, del que se proponía hablar, eran las de un misericordioso que perdona y de un curador, no de un revolucionario judío. Estas obras espirituales no podían satisfacer a los nacionalistas, de quienes Juan formaba parte.

¿Esta es la razón por la que, sin dudar de Jesús como enviado divino, Juan envió sus discípulos a preguntarle si fuera el Mesías esperado, o «era necesario esperar otro» como Mesías para llevar a cabo la rebelión? Aún él no había entendido la dimensión espiritual de la Liberación. Por eso Jesús dijo que Juan el Bautista es, debido a su concepción materialista del reino, más pequeño que lo más pequeño en el Reino de los Cielos, a pesar de que este Reino es interior, en el alma. Él mismo Juan el Bautista no lo había comprendido (Mateo 11,2-11).

Hoy día también, todos los que no entienden esta dimensión, esperan así mismo a este «otro Mesías» para restaurar el reino político en Israel.

4. Jesús

En la época de Jesús, los judíos ya habían perdido el concepto espiritual. Los mejores entre ellos comprendían este hecho políticamente. Para ellos, el Mesías debía nacer de una familia de nivel alto o rico y potente de Jerusalén, capaz de movilizar al pueblo al combate. Paradójicamente, Jesús salió de una modesta familia del pueblo alejado de Nazaret: «De Nazaret puede salir algo de bueno?» (Juan 1,46).

Un pobre carpintero no convenció la orgullosa espera de los Israelíes. Su misión principal era restablecer el judaísmo en su pureza original, espiritual, liberándolo de la política: «Miqueas reino no es de este mundo» dijo Jesús (Juan 18,36). Por Jesús, Dios debía reconquistar su Trono en los corazones de los creyentes. Este Reino no debía limitarse solo a los judíos, sino a todos los hombres de buena voluntad del mundo entero.

Jesús apareció hablando del Reino de Dios. Los judíos creyeron en él viéndole efectuar milagros, pero ellos veían en él el libertador político y militar. En vez de responder a su invitación a arrepentirse, su reacción ante sus milagros era nacionalista.

Quisieron forzarle a ser el rey político de Israel, a restablecer el reino de David, siendo que él pertenecía al linaje de David. En efecto, Juan, en su Evangelio, nos dice que los judíos, después del milagro de la multiplicación de los panes, creyeron en Jesús, puesto que dijeran: «Es realmente él el Profeta que debe venir al mundo». Pero su reacción ante este milagro no fue espiritual, dado que Juan añade:

«Jesús se dio cuenta de que iban a venir a llevarle **para hacerle rey**; entonces huyó de nuevo a la montaña completamente solo.» (Juan 6,14-15)

Es necesario destacar este hecho que pasa aquí inadvertido: «Iban a venir a retirarle **para hacerle rey**... y Jesús huyó». Los Judíos no venían a «solicitar» a Jesús, ni «ofrecerle» el reino israelí, sino imponérselo. Sólo tenía otra elección: la fuga de lo que le hacía traicionar su misión. ¿Ya no había El rechazado la oferta del imperio israelí de la mano del diablo? (Mateo 4,8-10).

En estos versículos parece el drama de Jesús ya que, ante su persistencia que debe rechazarse el reino de Israel, los judíos terminaron por rechazarlo, a su vez, como Mesías.

Los nacionalistas no quisieron a Jesús y lo juzgaron «no patriota» porque no había puesto su potencia milagrosa al servicio de la nación y del trono. Esta es la razón por la que lo acusaron «de hacer tropezar al pueblo» (Juan 7,12). Es que los judíos alimentaban, viéndole actuar y hablar, falsas esperanzas de restauración nacional: «Esperábamos, nosotros, que fuera él quien libera Israel» dijeron dos de sus discípulos después de su muerte (Lucas 24,21). Viendo que Jesús no satisfacía sus esperanzas políticas, los jefes judíos concluyeron que sus milagros eran hechos por la potencia del diablo (Juan 10,20/Mateo 12,24-28). Obtuvieron por fin que Jesús fuera crucificado ya que, por su mesianismo espiritual que galvanizaba a las muchedumbres, El se había vuelto un obstáculo a la realización de los objetivos políticos y nacionalistas de ellos (Juan 7,37-52/12,10-11).

Con todo, Jesús no era el primer judío que había negado establecer un reino israelí, sabiendo que eso era contrario a la voluntad de Dios. Gedeon, Samuel y Dios mismo habían pronunciado contra la realización de tal reino, «siendo Dios el único Rey».

Jesús sufrió mucho explicando a sus amigos más íntimos sobre su Reino espiritual. En sucesivas ocasiones preparaba sus Apóstoles a su crucifixión, no al combate contra Herodes y los romanos. El Reino de que les hablaba no tenía nada de política y su lengua nunca ha sido la de un nacionalista. Nunca hablaba del reino de David pero «lo de los Cielos». Ellos esperaban oírle decir por ejemplo: «Hijos de Israel, los fieros descendientes de Jacob y los herederos de la Tierra, sigúenme, no duden en tomar las armas y en liberar la tierra de sus antepasados etc...». Ahora bien, Sus discursos eran de la clase: «Felices son los pobres en espíritu, porque el Reino de los Cielos les pertenece, feliz los mansos... felices los compasivos... (Mateo 5,1-12)... el Reino de los Cielos como un hombre que sembró buen grano en su campo... (Mateo 13,24)... aman a sus enemigos, ruegan por sus perseguidores... » (Mateo 5,43-45).

A los fariseos que le pedían «cuando debía venir el Reino de Dios» (según ellos, el reino davídico), Jesús respondió: «La venida del Reino de Dios no se deja observar y no se podría decir: ¡Este es! ¡Está aquí! Porque sepan que el Reino de Dios está en ustedes» (Lucas 17,20-21). Visto que

este Reino era interior, no era necesario pues ya esperar otro exteriormente. Nadie en Israel se esperaba esta clase de Reino ni a este mesianismo. La corriente nacionalista había seducido a todos los judíos, incluso a los Apóstoles.

Con el fin de instituir este Reino divino, era necesario romper el ídolo que era el Mesías político. Jesús sabía que no llegaría sino por el precio de su sangre. Preparó pues a sus Apóstoles para este desenlace dramático: «El Hijo del hombre debe ser entregado a las manos de los hombres y lo matarán». A estas palabras, «fueron muy consternados» (Mateo 17,22-23), ya que, sólo veían aún en él a un Mesías nacionalista, no se imaginaban que Jesús estaría vencido, puesto a la muerte, sin restablecer el trono y la dinastía de David.

Los Apóstoles tuvieron muy mal entendimiento a la dimensión espiritual del Reino aunque Jesús permaneció con ellos tres años. Tras su Resurrección, Él apareció vivo a los suyos y «durante cuarenta días les había aparecido y los había enseñado sobre el Reino de Dios» (Hechos 1,3). A pesar de eso, seguían creyendo que este Reino era político y le pidieron, exactamente antes de la Ascensión: «Señor en este tiempo vas a restaurar el reino en Israel?» (Hechos 1,6). Sólo después de haber recibido el Espíritu Santo, comenzaron a comprender la intención del Maestro (Hechos 1,7-8/11,15-18/15,7-11).

Jesús debía sustituir, en la mentalidad de sus Apóstoles, al concepto del Mesías sionista por el del Mesías espiritual y universal. Es un sutil exorcismo que era necesario operar. Esperó dos años antes de empezar esta delicada operación. En primer lugar, debía garantizar que sus Apóstoles creían indefectiblemente en Él como Mesías. Era necesario que manifestara su poder por los milagros para dar a los discípulos confianza en él. Así fue, en efecto, que creyeron en Él (Juan 2,11/Juan 6,14). Entonces fue que les preguntó: «Para ustedes quien soy yo?». Y Pedro, solo, le tuvo el valor de responder: «Eres el Mesías». Jesús le alabó, diciéndole que esta revelación le venía de Dios (Mateo 16,15-17). El primer paso, era conocer y garantizar su fe en Él como Mesías. Sin embargo, para Pedro y los Apóstoles, el mesianismo de Jesús no podía ser sino nacionalista; ¡Es el Mesías, sí, pero el Mesías guerrero! ¡Pedro llevaba aún su espada durante la detención de Jesús! (Juan 18,10-11).

El segundo paso que debía cruzarse, el más delicado, era la revelación de su mesianismo espiritual; los Apóstoles ni siquiera podían imaginarlo. Jesús, después de haber obtenido de sus discípulos, por primera vez, el reconocimiento de su calidad de Mesías, podía cruzar este segundo paso que consistía en presentarles su verdadera cara de Mesías espiritual, no nacionalista. Es lo que hizo anunciándoles, por primera vez, su próxima puesta a la muerte. Les declaró eso «aquel día» dónde lo reconocieron como Mesías, no antes, precisa Mateo (Mateo 16,21). Su declaración fue: ¡Soy el Mesías, sí! Pero no restauraré reino político. Para que lo comprendan, yo seré liberado de la muerte.

La reacción espontánea de Pedro fue rechazar este anuncio inesperado: «¿Dios te preserva Señor! ¡No, eso no te llegará no!». Eso le valió un severo reprimiendo del Cristo: «Aléjate de mí, Satanás. Me es un tropiezo, ya que tus pensamientos no son los de Dios sino los de los hombres» (Mateo 16,21-23). La reacción de Pedro se debe, precisamente, al hecho de que los discípulos no podían, en ese momento, concebir que el Mesías, el futuro rey de Israel y el salvador de la nación, termine sobre una cruz, como un vulgar criminal, ellos que ya se lo imaginaban sobre el trono de Israel, inaugurando la nueva dinastía davídica. ¡El Mesías, el rey de Israel, muere sobre una cruz?! ¡Jamás! ¡Él quien debe desalojar a Herodes y expulsar a los romanos! Los Apóstoles «no comprendían esta palabra: les seguía siendo ocultada» (Lucas 9,44-45).

Este concepto nacionalista, arraigado en la mentalidad de los Apóstoles, aparecía en sus íntimas discusiones. Llegando a Capernaum, Jesús les pregunta: «Sobre que discutían durante el camino? Ellos se callaron». Habían discutido en el camino quien era el más grande (Marcos 9,33-34).

El silencio de los Apóstoles revela su obstáculo frente a este punto. Ellos comprendieron, por la manera en que les preguntó, que «Jesús sabía lo que discutían en su corazón» (Lucas 9,46-47). Y

que, de vista, el Maestro les reprocha. Ellos captaron el abismo que separa concepto mesiánico de ellos, de aquel de Jesús. Ellos disimulaban la vergüenza.

Más luego, a su entrada a Jerusalén, Jesús repitió por tercera vez su puesta en la cruz. Inmediatamente después de haberlo anunciado, lejos de compadecerse, la madre de Santiago y de Juan, «se acerca de Él con sus hijos y se postra ante Él pidiendo: 'Aquí están mis dos hijos, ordena que se sientan, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda, en tu Reino'» (Mateo 20,20-21).

Se debe señalar que el acercamiento de esta mujer ocurrió **inmediatamente** después del tercer anuncio de la pasión de Jesús. En efecto, Él vino revelándoles: «Aquí que nosotros subimos a Jerusalén y el Hijo del hombre será entregado a los grandes sacerdotes y a los escribas. Ellos le condenarán a muerte y le entregarán a los paganos para ser humillado, torturado y puesto en la cruz y al tercer día resucitará» (Mateo 20,17-19).

Los evangelistas nos revelan que estas palabras de la Pasión no penetraron a la mentalidad opaca de los Apóstoles: «Pero ellos no comprendieron estos dichos. De hecho les fue ocultado para que no lo penetraran, y tenían miedo de interrogarle acerca de este dicho.» (Lucas 9,45 y Marcos 9,31-32). Hasta el punto que Lucas añade también inmediatamente después: «Una discusión se levantó entre ellos: quien entre ellos podía ser el más grande?» (Lucas 9,46). Los sufrimientos del Maestro estaban obnubilados por sus ambiciones temporales.

Esta falta de comprensión de los Apóstoles aparece hasta en el momento de la Asunción de Jesús. Después de haberles enseñado «durante cuarenta días del reino de Dios... ellos le preguntaron (*también*): Señor en este tiempo tu vas a restaurar el Reino en Israel?» (Hechos 1,3,6). Si yo insisto sobre este punto es porque es muy importante. Se debe bien comprender el abismo que separaba la mentalidad de los Apóstoles del Espíritu de Jesús. No comprendieron hasta que recibieron la fuerza de este Espíritu Santo. Ellos llegaron a ser, entonces los dignos testigos de Jesús «en Jerusalén, en toda la Judea y Samaria, y hasta las extremidades de la Tierra» (Hechos 1,6-8).

¿ Los creyentes comprenden hoy día, también, que el Reino mesiánico está **en nosotros**? Que No está ni en los Estados políticos, ni en la gloria humana? El Vaticano, en su proclamación como Estado en 1929 semejante a los otros estados temporales, comenzó su traición, una traición confirmada por el reconocimiento del estado de Israel en 1993.

Los Apóstoles tuvieron que someterse a un verdadero lavado de cerebro por parte del Maestro, un «bautismo». Sólo pudo cambiar su mentalidad en la cruz. El concepto del Mesías sionista en el que creían tenía que morir. Jesús tuvo que morir sin restaurar un reino israelí. Entonces su fe en Él como Mesías - ya no nacionalista, sino espiritual y universal - tuvo que seguir viviendo en ellos; algo que sólo comprendieron más tarde, después de la crucifixión de Jesús.

Así, por la muerte de Jesús, el ídolo sionista se derrumbó en las mentes de sus discípulos. Con su muerte, Jesús superó la muerte del nacionalismo: «He vencido al mundo», dijo Jesús en la víspera de su crucifixión (Juan 16:33).

Después de la muerte de Jesús, en efecto, los Apóstoles siguieron creyendo en El como Mesías. Descubrieron así la dimensión espiritual y universal en Él. Dios ya no es el monopolio de los judíos, sino pertenece al mundo entero: «Dios es Dios de los Judíos solos, y no de los paganos?. Ciertamente, también de los paganos» (Romanos 3,29). Por lo contrario, los nacionalistas endurecieron: para ellos lo de Jesús era «una ocasión de caída» (Mateo 11,6), y una «piedra de tropiezo» (Romanos 9,30-33), fueron chocados por su falta de «patriotismo» y lo rechazaron.

Se debe distinguir entre un nacionalismo religioso culpable, creado en el nombre de una fe - eso es condenado por Dios - y un patriotismo legal independiente de la fe.

Hay que señalar que el Mesías sionista representa todo el espíritu materialista y dominador. Este espíritu había seducido a innumerables cristianos a lo largo de los siglos. Éstos no entendieron la Cruz del Cristo. Todo materialista sigue el espíritu del Mesías sionista y se muere en sus pecados.

Es el caso de los judíos que negaron, en el pasado, y que niegan aún hoy, de creer en Jesús. Jesús repite aún hoy a todos: «Si no creen que soy (*el Mesías*) morirán en sus pecados» (Juan 8,21-24).

5. Judas

En cuanto a Judas Iscariote, el supuesto apóstol que traicionó el Cristo, nunca ha seguido a Jesús por convicción espiritual, pero por interés material. Eso resulta de las palabras de Juan, a su observación: «Era un ladrón y quien, teniendo la bolsa, escondía lo que se ponía en ella» (Juan 12,6).

Judas creía que Jesús era el Mesías nacionalista. Su única ambición era ver restaurado el reino davídico por Jesús, con el fin de tener una posición de prestigio (Ministro de Hacienda por ejemplo). Los milagros de Jesús y sus discursos espirituales lo dejaban espiritualmente indiferente. Sólo había un medio para restablecer el reino político y realizar sus propias ambiciones materiales.

Su indiferencia encubierta frente a las obras y a las palabras del Cristo aparece en el juicio de Jesús sobre Judas después del milagro de la multiplicación de los panes y su discurso sobre el Pan de Vida: «Hay entre ustedes quienes no creen. Jesús sabía en efecto quienes eran los que no creían y quienes eran los que le entregarían. . . Por lo tanto, muchos de sus discípulos se retiraron y dejaron de acompañarlo. Jesús dijo entonces a los Doce: '¿Quiéren ir ustedes también?' Simón-Pedro le respondió: 'Señor a quien iríamos. Tu tienes las Palabras de la Vida Eterna'. Jesús reanudó: '¿No fui yo quien les eligió, ustedes los Doce? Con todo, uno de ustedes es un demonio'. Hablaba de Judas, hijos de Simón Iscariote; es él, en efecto, quien iba a entregarle, él, uno de los Doce.» (Juan 6,64-70).

Judas habría hecho mejor al retirarse a partir de este momento con los incrédulos como él. Si permaneció con el grupo, fué solamente, con la esperanza de realizar sus ambiciones materiales. Cuando Judas tuvo la certeza de que Jesús no pensaba establecer un reino político, y que no podía ya extraer nada de Él, decidió entregarlo (Juan 13,2).

El interés material de Judas precedía sobre cualquier otra consideración, eso se ve en su deseo de entregar Jesús sacando, al menos, un determinado provecho pecuniario. En efecto, «fue a encontrar a los grandes sacerdotes (*que buscaban la ocasión de detener a Jesús por truco*) y les dijo: '¿Qué quieren dar, y yo se lo entregaré?'. Ellos se le pagaron treinta piezas de plata» (Mateo 26,14-15).

Judas es la concretización del drama de Jesús.

6. Los Apóstoles después de la Cruz

Los peregrinos de Emaús fueron afligidos después de la crucifixión de Jesús, decepcionados de su muerte ya que, dijeran: «Esperábamos, nosotros, que fuera Él quien **liberaría a Israel**» (Lucas 24,21). Es que esperaban una liberación política.

En la Ascensión, los Apóstoles, «cuando le vieron, se prosternaron; sin embargo algunos de ellos dudaron» (Mateo 28,17). ¿Cuál era la naturaleza de esta duda? Dudaron de El como Mesías dado que no había restaurado el Reino en Israel. Esta es la razón por la que, en ese momento, le pidieron de nuevo: «En este tiempo vas a restaurar el reino en Israel»? (Hechos 1,6)

7. Los Judíos de hoy día

Hoy día, el drama de Jesús se renueva por el resurgimiento del nacionalismo judío personificado en el Estado de Israel. Este Estado ha seducido a muchedumbres de cristianos llevados a apoyarlo a ciegas. Y esto, a pesar de la advertencia de Jesús: «Tomen guardia que no se abusa de ustedes ... cuando vean la Abominación de la Desolación instalada en el Lugar Santo (*Tierra Santa, Jerusalén*) ... no se ponen a seguirlos. . . » (Mateo 24,4-15/Lucas 21,7-8). ¡Y con todo, se pusieron a seguirlos!!

¿Cómo es posible convencer a los judíos - y especialmente a los sionistas entre ellos - de que Jesús de Nazaret es el Mesías quien esperan?

¿Cómo convencerlos de que el reino al cual aspiran es espiritual y a favor de toda la humanidad?

¿Cómo convencerlos para renunciar a un Estado político sionista a través de lo cual quieren reinar sobre el mundo? Felices son de ellos quienes oirán la voz del Mesías crucificado, el Único capaz de dar la verdadera Paz.

Copyright © 2023- Pierre2.net - All rights reserved.